

Regadíos agrícolas, territorio y sostenibilidad

Joan Corominas Masip
juan.corominas@
juntadeandalucia.es
Ingeniero agrónomo

En épocas de incertidumbres, que nos producen zozobras, necesitamos los seres humanos indagar en nuestro futuro y preguntarnos qué elementos del presente consideramos más deseable y posible mantener, y aun potenciar, y los que inexorablemente deberán ir decayendo. Este análisis es pertinente hacerlo en el ámbito agrario y en el regadío, que, desde hace más de tres lustros, están sufriendo importantes cambios de objetivos, estrategias y regulaciones tanto a nivel español como europeo y global. Quizás las señas de identidad más percibidas por la sociedad sobre la actividad agraria y los usos del agua por el hombre estén ligadas a lo natural, lo tradicional y lo imprescindible. Por tanto, son valores que suscitan permanencia y procesos de adaptación y cambio lentos.

Pero la realidad se ha encargado de recordarnos que estamos en una época de profundos cambios en el sector agrario a nivel mundial, pero que, en nuestro ámbito más cercano, son fruto de los repetidos, y no acabados, procesos de reforma de la Política Agraria Común (PAC). Procesos que van desde el inicial apoyo a la producción (hace 50 años), mediante la protección de los precios y de la competencia exterior, hasta los más recientes, como la progresiva liberalización de precios y mercados, el desacoplamiento de las ayudas al agricultor, el impulso a la calidad frente a la cantidad, la protección sanitaria de la población y el respeto al medio ambiente, que forman parte del bagaje político de la Agenda 2000, de los acuerdos en el seno de la OMC (Organización Mundial del Comercio).

También la política hidráulica se ha transformado profundamente, hasta el punto de llamarse hoy *política de aguas*, al ponerse el énfasis no tanto en la obra hidráulica sino en la gestión de todo el ciclo del agua. En los años 40-70 del pasado siglo nuestra preocupación principal era aumentar los recursos hídricos (preferentemente apoyando los grandes planes de transformación en regadío), poniendo quizá en ello mayor énfasis que en conseguir el abastecimiento con agua de calidad (y el saneamiento) a toda la población. Pero la presión sobre nuestros ríos y acuíferos, y la consiguiente degradación de los mismos por



pérdida de caudales y aumento de los vertidos contaminantes, impide continuar hoy con la tendencia a seguir utilizando más recursos hídricos, y nos abocan a recuperar el buen estado ecológico de nuestras masas de agua y consolidar los usos que sean sostenibles. Esto, en esencia, es lo que nos obliga a acometer en todos los países europeos la Directiva Marco de Aguas, con un objetivo temporal ya muy cercano: el año 2015.

Del aumento de los regadíos, a los regadíos más eficientes

Dotar de agua a los cultivos ha sido siempre la gran aspiración del agricultor español, que siempre ha tenido que soportar la merma de sus cosechas, o la limitación de los cultivos a implantar, por las condiciones de escasez de lluvia en muchas primaveras y, sobre todo, en los veranos. Es comprensible así el valor, casi mítico, que se atribuye a la disponibilidad de agua en el medio rural, y los esfuerzos por conservarla, que a veces han derivado en luchas por el agua.

Fue necesaria, y lógica, la apuesta del Estado a lo largo de los dos cuartos centrales del siglo XX de volcarse en la construcción de grandes embalses de regulación y en apoyar la explotación de las aguas subterráneas mediante las nuevas tecnologías de sondeos profundos y bombas verticales para extraerlas. Este esfuerzo ha permitido dotarnos de más de 1.000 grandes embalses y una cantidad (imprecisa) en torno al millón de captaciones subterráneas. Con estas

▼
El Plan Nacional de Regadíos 2008 prevé modernizar 1.135.000 hectáreas al final de este horizonte y otra cantidad igual para el siguiente, con una inversión del orden de los 3.000 euros por hectárea, consiguiéndose un ahorro neto de agua del orden del 22% de la que consumían inicialmente

infraestructuras, las posibilidades de utilizar el agua que discurre por nuestros ríos han aumentado enormemente, pasando desde un 7,5% del total de los recursos hídricos en el régimen natural hasta el 40,5% actual, lo que representa más que quintuplicar las demandas de agua, pero sobre todo aumentar la garantía de su uso permanente.

La transformación de secanos en regadío se convirtió en una gran ilusión y esperanza colectiva en la España de principios del siglo XX, en la que casi dos terceras partes de la población activa eran agricultores. El impulso, la financiación y la ejecución pública, o el apoyo a la privada, han permitido pasar desde el millón de hectáreas tradicionales de regadío, hasta los 3,5 millones hectáreas actuales.

Convergía con este incremento de la superficie regada la disminución acelerada de la población activa agraria, considerándose que solamente el regadío podría mantener la actividad agraria y la población del medio rural, como motor endógeno de crecimiento económico. Siendo cierta la mayor capacidad de la agricultura de regadío de generar empleo y riqueza estable, también ha sufrido el proceso de pérdida de peso del sector agrario en la actividad económica española.

Hemos alcanzado el umbral de plenitud en la utilización de nuestros recursos hídricos, más allá de la posible incorporación de algunos nuevos recursos tradicionales y otros no convencionales, como la desalación o la reutilización de aguas regeneradas. No es posible, con criterios de sostenibilidad hidrológica, económica, social, territorial o ambiental, aumentar de forma importante la disponibilidad de recursos hídricos. A cambio, nos queda mucho camino por explorar en mejorar la eficiencia en la utilización de estos recursos, medida con idénticos parámetros de sostenibilidad.

Con esta nueva visión tendremos que repensar la política de regadíos, olvidando los objetivos de crecimiento de los mismos, primando los de una mayor eficiencia en el uso del agua: nuevos elementos deberán formar parte del debate sectorial y político, tales como las reorientaciones productivas, las reasignaciones de recursos hídricos, las modernizaciones tecnológicas y de riegos, los mercados del agua, las cadenas agroalimentarias, la ecocondicionalidad de las ayudas de la PAC, entre otros. Un debate imprescindible y una adaptación que necesitarán de la complicidad de todo el sector agrario y el apoyo decidido de las Administraciones.

Modernización de regadíos versus modernización de explotaciones

Desde el final de la sequía de los años 1992-95, el sector del regadío percibió claramente que se había producido, y que continuaría, un desfase entre los ritmos de crecimiento de la demanda de agua para riego y las posibilidades de aumentar la oferta de recursos hídricos. Al mismo tiempo, la competencia de otros sectores productivos por el agua y, sobre todo, la necesidad de asegurar reservas plurianuales para el abastecimiento de la población que evitaran el bochornoso espectáculo de que una parte importante de la población española hubiera sufrido restricciones en esos años, aumentaban la sensación de precariedad de muchos de los regadíos españoles.

Las Administraciones y las Comunidades de Regantes empezaron a hablar de aumentar la garantía del suministro a los regadíos, dejando en segundo lugar el afán de incrementar las superficies con nuevas transformaciones, rompiendo la pauta concertada en pasadas décadas. La modernización de regadíos se ha convertido en la panacea para superar la escasez de agua en los últimos quince años: se trata de mejorar la eficiencia en el transporte y distribución del agua, incluyendo en muchos casos infraestructuras de almacenamiento y regulación en el propio regadío. *Necesitando menos agua, se es menos vulnerable a los episodios de sequía*, podría ser el resumen de esta interacción público-privada, francamente exitosa.

El Plan Nacional de Regadíos 2008 prevé modernizar 1.135.000 hectáreas al final de este horizonte y otra cantidad igual para el siguiente, con una inversión del orden de los 3.000 euros por hectárea, consiguiéndose un ahorro neto de agua del orden del 22% de la que consumían inicialmente. El apoyo público y la iniciativa de los regantes han dado muy buenos resultados, acercándose las realizaciones a los objetivos programados en el mencionado Plan Nacional de Regadíos.

Pero los regantes que han modernizado sus fincas han comprobado, de nuevo, en el actual periodo de sequía, que ya dura cuatro años, que, con la mejor eficiencia en el uso del agua conseguida, han podido gestionar mejor la escasa agua disponible, pero siguen sufriendo limitaciones en la disponibilidad de agua que necesitan. La pregunta que se hacen es: *¿sirve para algo entramparse modernizando los regadíos, si seguimos teniendo escasa garantía de agua?* La respuesta a esta inquietud del regante conduce, a



mi juicio, a que hay que traspasar la frontera de la modernización de los sistemas de riego e ir hacia la modernización de las explotaciones de regadío: la eficiencia, la flexibilidad y el control del uso del agua deben permitir avanzar en la reorientación hacia cultivos con mayor futuro en el marco de la PAC, con mayor demanda en los mercados, es decir, hacia productos de calidad, con mayor margen económico y que maximicen el empleo disponible.

En este modelo de explotaciones de regadío ya no es tan importante disponer de agua suficiente para la totalidad de la explotación, sino asegurar los recursos hídricos necesarios para la parte más rentable de los cultivos implantados, dedicando las superficies con escasas dotaciones de agua a producciones menos sensibles (económicamente) a la disminución de rendimientos, relacionados con los sistemas de ayudas desacopladas de la PAC. Es un hecho que la modernización de regadíos aumenta considerablemente el margen de maniobra del agricultor para diversificar las estrategias productivas y adaptarse al mercado: este es el camino a seguir.

Desalación y reutilización de aguas regeneradas

Admitido por casi todos los usuarios del agua, aunque no convencidos una gran parte de ellos, que es muy difícil aumentar de forma importante la regulación de nuestros ríos y la explotación de los acuíferos, y que debe avanzarse en la priorización de usos y en la mejora de la eficiencia, se ha abierto un nuevo debate en relación a las propuestas del Plan Hidrológico Nacional del año 2001 y a las de su modificación en 2005, enca-

minadas a aportar nuevos recursos al Levante español.

El debate ha sido todo menos sosegado, documentado y riguroso. Por el contrario, ha primado la desinformación, los sentimientos, los enfrentamientos sectoriales y territoriales, y la demagogia. Es la hora de decir que los trasvases no son buenos o malos per se, pero que tienen que ser las últimas soluciones, bien justificadas, frente a otras alternativas. En concreto, el trasvase del Ebro, por su magnitud, su gran longitud, su impacto ambiental en el delta, por el riesgo de no poder atender las demandas en un significativo número de años, y por sus altos costes energéticos y económicos, hacen aconsejable optar por otras soluciones alternativas.

La solución definitivamente adoptada de buscar una diversificación de recursos no convencionales, distribuidos a lo largo del eje mediterráneo, se muestra como más flexible y segura, y no más costosa económicamente, ni más consumidora de energía o de mayor impacto ambiental. Se ha optado (y están en ejecución las obras) por un conjunto de actuaciones combinadas, como la desalación, la reutilización de aguas residuales regeneradas, el ahorro de agua como consecuencia de la modernización de infraestructuras de abastecimiento y de regadíos, la mejora de la calidad del agua y la traslación del principio de responsabilidad social y ambiental en el buen uso del agua, apoyado todo ello en unas tarifas del agua adecuadas para todos los ciudadanos y usuarios.

Esta diversificación y aumento de los recursos disponibles en el arco mediterráneo conseguirá aumentar la garantía de los usos actuales, incluidos los regadíos, y permitir el desarrollo de las nuevas actividades que los planeamientos territoriales prioricen. Entre ellas no hay que olvidar a gran parte de la agricultura intensiva en invernadero de Alicante, Murcia y Almería, que podrá tener asegurado su primer input productivo: el agua.

Eliminar la contaminación difusa

La intensificación productiva, tanto en secano como en regadío, ha ido asociada al incremento del uso de abonos químicos y fitosanitarios. Ha sido un éxito el aumento de las producciones que ha permitido esta estrategia. Pero la acumulación de los efectos producidos por los lixiviados de estos productos en los suelos y en las masas de agua de nuestros ríos, humedales y acuíferos ha puesto en peligro frecuentemente a



nuestro medio ambiente y, en algunas ocasiones, nuestra salud.

Las políticas europeas nos emplazan a reducir de manera sensible esta contaminación difusa, predominantemente de origen agrario, tanto en lo referente a la concentración de nitratos en el agua (que aumenta la eutrofia de nuestras masas de agua) como los residuos de pesticidas en el agua de consumo humano (por su efecto cancerígeno). Una buena parte de estos residuos químicos que se incorporan al agua procede del regadío, al ser mucho más intensivo en el uso de todos los medios de producción. Se deberá avanzar hacia sistemas productivos de *agricultura integrada o ecológica*, que hagan compatible una mejora de la productividad, junto con la obtención de alimentos con alta calidad organoléptica y sanitaria, libres de residuos, imprescindibles para penetrar en los mercados nacionales y europeos, utilizando adecuadamente los agroquímicos, en tiempo, forma de distribución y cantidad, para reducir sensiblemente el impacto sobre el medio ambiente y las aguas.

Los Códigos de Buenas Prácticas Agrarias son los instrumentos para poner en práctica estos principios, que requieren una adaptación, factible a corto plazo, de las tecnologías. La consecución de estos objetivos es obligatoria y está ligada a la ecocondicionalidad de las ayudas de la PAC. Como en todos los sectores productivos, hay que hacer de la *necesidad, virtud*, para entregar a la sociedad y al mercado aquello que reclama y está dispuesto a pagar por ello.

Conclusiones: el regadío tiene futuro

He recorrido en este artículo una serie de visiones actuales sobre el agua en la agricultura de regadío, que podrán ser acertadas, o no, pero que son de rabiosa actualidad y de necesaria, y adecuada, respuesta de futuro, dados los cambios sociales, productivos y de valoración ambiental y adaptación frente al cambio climático que se están produciendo de manera irreversible. No afectan solamente al

sector del regadío, sino a todos los usos del agua, que deberán compartir el recurso y las soluciones para un uso más útil para el conjunto de la sociedad. Se requerirá mucha complicidad y generosidad de todos los sectores para alejarnos del dilema del *juego de suma cero*. Creo que la estrategia adecuada sería partir de que existen muchos y diversos intereses en juego, de los usuarios y del conjunto de la sociedad. Deben expresarse con claridad y argumentación todas las posiciones, buscando soluciones matizadas y diferentes, adaptadas a cada realidad. No debe haber vencedores y perdedores, por lo que es imprescindible buscar alternativas o compensaciones para los que pudieran resultar más afectados por los cambios que se van a producir. La flexibilización del sistema de concesiones y la introducción de los principios de recuperación de costes y algunas formas de mercado regulado por las Administraciones ayudarán a conseguir un mejor uso del agua para la sociedad.

El regadío debe saber jugar sus cartas en este contexto, admitiendo su diversidad y aun sus posiciones contrapuestas dentro del sector y con otros usuarios. Se deberá ligar la mayor garantía de agua con el coste del agua para el regante, de manera flexible y adaptada a las estrategias productivas de las explotaciones, que, seguro, serán cambiantes a lo largo de los años.

La agricultura de regadío es esencialmente un sistema productivo agrario, y el agua un recurso esencial, pero uno más entre los medios de producción. Lo importante es el éxito de la explotación, que debe obtenerse por la mejor combinación de los sistemas productivos y de la política comercial de la empresa agraria. Diversos niveles de intensificación de los regadíos y de adaptación al mercado se irán abriendo paso, ya lo están haciendo; del acierto en el modelo que cada regante adopte, estará su futuro.

En los últimos tres años de sequía se ha podido comprobar que, gracias a estas estrategias de modernización de regadíos y diversificación de cultivos, la disminución importante de dotaciones de riego ha sido compatible con el mantenimiento de la mayor parte de las producciones más dependientes del mercado. Si en situaciones excepcionales, como las actuales, el regadío ha superado la falta de agua, no debe temer el futuro. Si lo diseñamos y pactamos entre todos, será bueno y mucho mejor que el pasado, en el que el énfasis en disponer cada vez de más recursos hídricos y de utilizar el agua más usuarios provocó un desequilibrio, con un exceso de demanda que nos condujo en la anterior sequía, a una crisis económica y social importante. ■

▼
El regadío debe saber jugar sus cartas admitiendo su diversidad y aun sus posiciones contrapuestas dentro del sector y con otros usuarios